

Aprender a leer en el mundo

Silvina Espinosa de los Monteros

Si algo me queda claro con el más reciente libro de Ricardo Piglia (1940), *El último lector*, publicado por Anagrama en 2005, es la importancia que tiene la lectura en la construcción de sentidos. Quien ha aprendido a leer novelas, puede extrapolar esta habilidad a otros contextos y en última instancia, tener mejores herramientas para interpretar el mundo en el que vive. Echando mano de una precisión de entomólogo, el escritor argentino hace gala de sus mejores dotes de ensayista para analizar diversas clases de lecturas pero, sobre todo, de lectores. Más que una clasificación exhaustiva, se trata de una suerte de paseo íntimo por los entretelones de la literatura.

A través de un itinerario sorprendente (por inesperado), Piglia comienza el libro con la anécdota de un excéntrico fotógrafo quien, en un viejo estudio de Buenos Aires, ha construido la réplica exacta de dicha ciudad. Hasta aquí la cuestión no tiene relevancia, a no ser porque el hombre asegura que las transformaciones de la capital argentina se presentan primero en su modelo de ficción y luego en la ciudad verdadera. Hecho que le sirve a Piglia para encontrar similitudes con el acto de leer. Nunca se conocen con exactitud los límites entre imaginación y realidad, cómo se modifican una a la otra y en qué medida. En todo caso, lo que no se puede negar es que aquello que imaginamos siempre existe “en otra escala, en otro tiempo”. Un tiempo “nítido y lejano, igual que en un sueño”. Aunque no por eso, menos real.

De ahí en adelante, el autor de novelas como *Respiración artificial* (1980), *La ciudad ausente* (1992) y *Plata quemada* (1997), se extiende a lo largo de ciento noventa páginas con el fin de hallar respuestas en torno a la pregunta ¿qué es un lector? Para lo cual

pone en juego cinco décadas consagradas a la lectura, con ejemplos que surgen de las mismas páginas de novelas como *Anna Karenina* de Tolstoi, *Madame Bovary* de Flaubert; *Bartleby the Scrivener*, de Melville o el *Quijote* de Cervantes, por nombrar apenas algunos.

Provisto de un agudo sentido de observación, Ricardo Piglia ahonda en un tema para luego dar un salto mortal a otro tópico en apariencia alejado del primero, pero que a fin de cuentas encuentra acomodo perfecto dentro del engranaje del libro. De esta manera, el escritor argentino logra que el lector mire, es decir, “lea”, desde la perspectiva literaria de Kafka; viaje de principio a fin a través de las nervaduras que tensan el género de la literatura policiaca; se adentre en las ocultas significaciones de la linterna que Anna Karenina utilizaba para leer; se entere de cómo está hecho el *Ulises* de James Joyce, y sea seducido por la apasionante historia de Ernesto “Che” Guevara y su relación con los libros (el autor nos recuerda que antes de ser asesinado, el guerrillero pasó la noche, herido, en una escuela de La Higuera frente a un pizarrón que alegóricamente decía: “Yo sé leer”).

En *El último lector*, Ricardo Piglia muestra por qué es uno de los escritores argentinos más importantes de la actualidad. Advierte con toda claridad de pensamiento cómo es que la literatura le da forma a la experiencia vivida, la construye como tal e incluso la anticipa. Pero más aún, la vida se completa con los diferentes sentidos que el lector, en soledad, toma o, más exactamente, se apropia de una ficción. En el hecho de que determinados aspectos, entre muchos otros, sean los que específicamente nos toquen al leer una novela radica su condición fascinante. La lectura produce

una escisión, un desdoblamiento. Es un modo de sueño diurno, una forma de soñar despiertos “sueños” que, incluso, no sabíamos que nos hacían falta.

De manera simultánea a las imágenes de Ernesto Guevara “subido en un árbol, leyendo, en medio de la desolación y la experiencia terrible de la guerrilla perseguida” o de Felice Bauer, el amor siempre inconcluso de Kafka, puesta a prueba, leyendo con desesperado afán las numerosas cartas del escritor praguense, a Ricardo Piglia uno se lo imagina, acaso en algún cubículo de la Universidad de Princeton—donde imparte cátedra de literatura latinoamericana—con los ojos clavados en un libro tratando de esclarecer los múltiples sentidos que la lectura ha dado a tal o cual lector, sea éste personaje literario o de carne y hueso; mientras en su cabeza ronda la canción de Charles Ivens basada en el poema de Oliver Wendell Holmes, *The Last Reader*.

Como bien lo sabe Piglia: “La figura del último lector es múltiple y metafórica. Sus rastros se pierden en la memoria”. Aunque, después de todo, siempre es justo agradecer que alguien con su lucidez, se haya ocupado en registrar dichos hallazgos. **U**

